

La partida empezó con mucho entusiasmo y palabrería; pero no tardó el joven en observar que su hermosa antagonista jugaba mejor que él, y que procuraba ocultarlo y no ganar, por no herirle en el amor propio... Aburrióse, pues, el poeta-ingeniero, y pretextando dolor de cabeza, dijo con visible mal humor:

—¡Qué juego tan soso!... Si te parece, lo dejaremos...

¡Verdaderamente, el pobre estaba algo febril, por resultas de las contrariedades de aquel infausto día!

Al cabo de un momento, se puso á tocar el piano. Pero era tal la crispadura de sus nervios, que no acertó á darse gusto, y aun incurrió en muchas faltas de ejecución material...

Volvió, por tanto, al lado de Julia, y, no sabiendo cómo pasar la tarde, tuvo la degradingada ocurrencia de decirle:

—Supusiste hace poco que yo había oído contar en Madrid tus aventuras... En efecto: allí me han referido versiones muy distintas... Y, pues nada mejor tenemos que hacer en este momento, podrías narrarme tu verdadera historia, en la seguridad de que yo la oiría con indulgencia y mansedumbre..., aunque hiriese mi vanidad de amante...

—¡Mi historia no es para contada, sino para olvidada!...—respondió *la Pródiga* con viveza y mal disimulado enojo.—Y ahí tienes otro de los inconvenientes de amar á deidades que no son niñas ni han sido santas... ¡Mucho, muchísimo siento, vida mía, que no te pertenezca ni pueda lisonjarte mi pasado!... ¡Pero tal es la verdad!... *Sic fata voluerunt!*

Guillermo se picó á su vez, aunque conociera que ha-

bía estado inconvenientísimo; pero fué tanta su soberbia, que todavía, atendiendo más á unos tardíos y retrospectivos celos que á toda consideración de hombre galante, replicó ferozmente:

—Declarar que tu pasado *no me lisonjea*, quiere decir, cuando menos, que *lisonjea tu memoria*... Sepa yo, pues, hasta qué punto he sido *aventajado* por otros, y así podré corregirme...

—Tú estás malo, hijo mío... ¡No hablemos más hoy, si te parece!—repuso Julia temblando de vergüenza y de desprecio.

Y, en seguida, se echó á llorar.

Guillermo se aterró al ver las consecuencias de su falta, no menos que se había complacido en cometer la falta misma, y consoló prolijamente á la Marquesa, parafraseando estos conceptos:

—Efectivamente, estoy malo... Perdona que tenga celos hasta del aire que respiraste antes de yo conocerte... Todo lo que yo pueda decirte desagradable es amor, y sólo amor... Procuremos pasar contentos las últimas horas de este malhadado día en que tan felices esperábamos ser...

Julia perdonó á su rendido amante, ó, por lo menos, le sonrió con inagotable dulzura.

VIII

SIN MÚSICA

Así llegó la noche, cuando apenas eran las cinco y media.

Seguía diluviando.

Nadie hubiera dicho que en aquella cortijada había una boda, y boda tan importante como la del hijo del capataz, ó más bien *dueño* de la finca. En el caserío rústico reinaba profundo silencio, sólo turbado por el continuo llanto del temporal. Ni la guitarra, ni los platillos, ni las castañuelas, ni las palmadas y coplas del baile de rigor habían sonado en toda la tarde, ni era ya de esperar que sonaran... ¡Tristes desposorios los de José y Brígida!

Aquel silencio, acusador y depresivo, ya se le juzgara voluntario, ya se le considerase forzoso, pesaba como un remordimiento sobre el espíritu de Guillermo y Julia, quienes no podían olvidar la terrible causa que lo había motivado. Figurábaseles que era una tácita confirmación de las censuras del Párroco, y que, por tal medio, seguían desairándolos y huyéndoles todos los moradores del cortijo. "Vivierais dentro de la ley... (parecía decir aquella mudez á la Marquesa y al madrileño); estuvierais casados; formarais parte de la sociedad humana, y el vetusto palacio resonaría á estas horas en risas y alborozo, y vosotros seríais los héroes de la fiesta, y vuestros nombres figurarían en todas las coplas, y correría el vino de mano en mano, y danzarían los jóvenes, y llorarían de felicidad los viejos, y no cesarían las bendiciones á vuestras excelencias, ¡oh generosos compadres de la boda!... Pero habéis preferido vivir desvergonzadamente en la cortijada, como si fuera un desierto..., y el desierto creado por vuestro feroz egoísmo os presenta ahora todas sus esquivaces, toda su tristeza, todo su desamparo..."

Callaban, pues, nuestros amantes en las densas tinie-

blas, sólo esclarecidas, cerca del hogar, por los rojizos destellos de la lumbre... Ni ¿cuál podía ser en tal noche el asunto de su conversación? ¿Cabía hablar de lo pasado? ¿En manera alguna! ¿Habían de comunicarse lo que pensaban en aquel momento? ¡Imposible de toda imposibilidad! Y, respecto al porvenir, Guillermo se había cansado ya de formar planes en alta voz sobre lo que harían aquel invierno, dentro del palacio, cuando la lluvia ó la nieve les impidiera gozar del campo...

—Estudiaremos el alemán...—había dicho.—Pero ¿para qué, si nunca hemos de volver al mundo? ¡Mejor será poner un gimnasio en el entresuelo!... ¡Trabajando en él, nos libraremos de reumas por falta de ejercicio!... Si tuviéramos algunos millones, convertiría en un verdadero lago, navegable, con sus lanchas y todo, la parte baja del valle..., á cuyo fin me pasaría el invierno haciendo los planos del muro de contención, del embarcadero, etc. ¡Pero éstas son ya palabras mayores!... Me contentaré con trazar un camino subterráneo para ir desde el palacio á la vega sin pasar por el caserío, pues no quiero volver á ver á esas gentes... O, si no, te retrataré al óleo; que para eso traje lienzos, caballete y paleta... ¡En fin, habrá que matar el tiempo de cualquier modo, en tanto que vuelven los días de gala de la Naturaleza!...

Julia no había contestado ni una palabra.

Y entonces fué cuando Guillermo comenzó á callar también...

—¿Duermes, vida mía?—preguntó al cabo de media hora el amado á la amada.

—No, señor; no duermo...—respondió ella con graciosa ironía.—¡Lo que estoy haciendo desde que te callas

te, es admirar el poder y la actividad de tu espíritu!... Pero bueno será decir ahora que traigan luz, á riesgo de que se desvanezcan tantos fantasmas como acaba de crear tu insoportable horror al ocio.

Acababa Julia de pronunciar estas palabras cuando sonaron pasos en la galería; entró alguna claridad por debajo de la puerta, y se oyó la voz del tío Antonio, que preguntaba desde la antesala:

—¿Dan sus excelencias permiso?

—Pasa, Antonio...—respondió *la Pródiga*.

—¡Alabado sea el Santísimo Sacramento del Altar! ¡Tengan sus excelencias muy buenas noches!...—añadió el viejo, entrando con dos lámparas encendidas y colocándolas sobre la chimenea y en el velador.

En seguida hizo un reverente saludo, y dijo á su ama en voz que hubiera ablandado las piedras:

—Señora: los novios están en mi casa muy afligidos, y antes de marcharse á la suya piden permiso para subir con el tío Juan á ver á sus excelencias... Mi pobre mujer ha tenido que volver á meterse en cama... Conque ¿perdonan los Señores á mis hijos?... ¿Les digo que suban?

—Mañana, Antonio...: mañana los veremos...—respondió la Marquesa.—Esta noche no me siento bien. Díles que les deseamos muchos años de felicidades..., y que desde ahora mismo pueden bailar y cantar cuanto gusten, así ellos como todos los habitantes de la cortijada, en la nueva casa de José y Brígida, ó donde les parezca... Márchate tú también con los novios..., y procura desaturdirte un rato, que buena falta te hace. Dile al cocinero que nos suba la cena á las nueve...

—Yo no pienso cenar...—interrumpió Guillermo.

—Ni yo tampoco...—se apresuró á añadir Julia.—Por consiguiente, puede también el cocinero irse al baile. Que se mejore Francisca, y adviértele á José que, aunque se haya casado, le arrancaré las orejas siempre que me acomode... Más claro: ¡dile que sea bueno con Brígida, como tú lo has sido con tu mujer!...

—Señora, ¡es vucencia la santa de siempre!—exclamó el tío Antonio, poniéndose de rodillas.—Permítame que le bese otra vez la mano, y perdone que se la manchen las lágrimas de este pobre viejo.

—Anda con Dios, hombre... Anda con Dios...—respondió Julia muy conmovida.

—Ya subirá luego Frasco el pastor con el periódico, y los Señores le dirán si deciden tomar algo... ¡Las noches son ya muy largas para acostarse sin cenar!... Beso los pies á sus excelencias.

Así dijo el anciano, y se retiró andando hacia atrás y haciendo muchas cortesías á Guillermo, quien no se dignó contestar á ninguna de ellas, ni lo había mirado siquiera un solo instante.

IX

CON MÚSICA

Pronto comenzó á sonar á lo lejos gozoso y animado toque de guitarras, castañuelas y platillos, seguido de palmadas y coplas...

Todo ello, armonizado por la distancia, y destacándose entre el rumor de la lluvia, formaba agradabilísimo concierto, cuya cadenciosa melodía, al par alegre y triste,

recordaba los cantos árabes ó las bíblicas pastorelas. Había además en aquel eco de remota zambra con que se festejaba el matrimonio de la rústica virgen y del fanático mancebo, algo de patriarcal y de sagrado, cuyo regocijo contrastaba agriamente con el tedio que en el nobiliario salón sentían Guillermo y Julia... Sobre todo, el agudo y perpetuo retintín de los metálicos platillos parecía encargado de repetirles sarcásticamente tan amargas verdades y de hacerles envidiar los bienes y provechos de la familia desde las áridas rocas del concubinato.

Hasta qué punto era capaz Guillermo de comprender su desventura, ya lo especificamos más atrás, al verle reverenciar, en las humildes viviendas del cortijo, los afectos domésticos de que se creía privado para siempre; pero la misma desesperación, su orgullo recientemente herido y la presencia de *la Pródiga*, le impidieron aquella noche reconocer la santidad de la institución ó sacramento que, en todos los climas, en todos los siglos, en todas las civilizaciones, y aun en los pueblos más incultos y salvajes, funda la casa, legitima la familia, vincula la propiedad, normaliza la propagación de la especie y da cuerpo y organismo á las colectividades llamadas tribus ó naciones, y después sociedades ó estados... Y así fué que, prestando más oídos á su rabioso despecho que á aquella noble envidia, exclamó sardónicamente:

—¡Cómo retozan esos animales! ¡Qué ruido mueven para que no ignore el mundo que una virgen va á dejar de serlo! ¡Qué presumido y sandio será hasta la consumación de los siglos el bípedo que nació sin plumas!

—¡Tú estás malo, mi querido Guillermo!—volvió á decirle la desterrada, en cuyos tristes ojos y ceñuda fren-

te se leía que estaba siguiendo las desconsoladoras reflexiones de su amante.—Tu corazón y tu entendimiento valen mucho más que todo lo que la ira y la calentura te han hecho decir hoy... ¿Por qué no te acuestas?

—¡Eso es!—respondió el joven con desagrado.—¿Por qué no me acuesto á las seis y media de la noche, que es como si dijéramos á media tarde?

Julia inclinó la cabeza, agobiada por el inmenso fastidio del pobre ingeniero.

X

EL INDULTO DE "LA ÉPOCA"

Una hora después llegó Frasco el pastor con el periódico.

—¡Tan temprano!—le dijo Guillermo, cogiendo el papel maquinalmente.

—Sí..., señor...—respondió el montañés.—Me fuí con tiempo al lugar, y he vuelto muy de prisa para disfrutar un poco del baile..., en el caso de que los Señores llegaran á conceder su venia, como veo que la han concedido...

—Pues anda con Dios... ¡y que te diviertas!...—repuso el joven con acento de sangrienta burla.

Y luego que el pastor se hubo marchado, comenzó á dar vueltas entre las manos al cerrado y fajado número de *La Epoca*, ó á servirse de él como de pantalla para defenderse de las llamaradas del hogar.

Era la primera vez, desde que estaba en el cortijo, que cogía el aristocrático diario.

Julia lo miraba de reojo, disimulando á duras penas su inquietud y su angustia.

De pronto Guillermo soltó una breve y falsa carcajada, y exclamó con mal fingida indiferencia, mientras que su vista devoraba el doblado papel:

—¡Diantre! ¡Qué casualidad!... ¡Tengo puesto el dedo casi encima del nombre de *mi amigo* Enrique!... ¡Ya recordarás!... De los dos que vinieron aquí conmigo el más delgado... ¡Un mal sujeto, tan envidioso y presumido como tonto!... ¡Mira! ¡Mira lo que dice de él!...—“*No se le puede disputar al Sr. Pérez y López (D. Enrique)...*” —Este doblez no me consiente leer más... Pero antójase-me que bien puedo faltar á una antigua promesa con el santo fin de saber qué es lo que *no se le puede disputar* al más fatuo de los mortales...

Y, así diciendo, le quitó la faja al periódico.

Julia sintió como un sudor de muerte; pero disfrazó su emoción, aparentando grande júbilo, y tartamudeó estas palabras:

—¡Gracias á Dios que se rompió el hielo! ¡Llegó el día del indulto para *La Epoca!*... ¡Lee!... ¡Lee eso que le pasa á tú amigo Enrique!... ¡También tengo yo curiosidad de saberlo!

—Qué atrocidad!—exclamó el joven, sin oír á su querida.—¡El necio de Enrique va á ser Ministro de Fomento!... ¡España está dejada de la mano de Dios! ¡Ministro el que plagiaba mis discursos... Pero... ¡calla! ¡También leo aquí mi nombre!... ¡Me llaman “*el MALOGRADO Guillermo de Loja!*” Por lo visto, en Madrid me han dado por muerto... Oye, oye el párrafo, que es curioso: “*Próxima la reapertura de las Cortes, no se le puede*

disputar al Sr. Pérez y López (D. Enrique) la cartera de Fomento, que en mal hora usurpó D. Lucas de la Guardia al que de derecho la había ganado en buena lid, al MALOGRADO Guillermo de Loja. Bien podemos calificar así al insigne orador que, justamente indignado ante la mala pasada del actual Presidente del Consejo de Ministros, dejó la vida política, en que tan brillantemente entraba á la edad de veintiséis años, y abandonó para siempre esta villa y corte. Intimo amigo particular y político del ilustre Loja, el Sr. Pérez y López, cuyo elocuente discurso sobre enseñanza, pronunciado en la anterior legislatura, recordarán nuestros lectores, parece muy natural que reemplace hoy en el Gabinete al pobre D. Lucas, que tan desairado papel hizo en el banco azul la legislatura pasada por su falta absoluta de talento, de instrucción y de dotes oratorias.”

—¡Sí que es curioso el párrafo!—contestó Julia, cuando Guillermo acabó de leer en voz alta.—Y de él se deduce... que, si mañana salieras para Madrid, dentro de tres días serías Ministro de Fomento, en lugar de Enrique...

—¡Libreme Dios!...—murmuró el joven, sin dejar de leer para sí, y demostrando el ansia del hidrópico que ha probado el agua.—¡Dios me libre de disputar carteras á nadie, y menos al pedantísimo Enrique!... ¡Ah! ¡Qué Madrid! ¡Qué Madrid!... ¡Pero esto es mejor!... ¡Qué escarnio! ¡Qué vergüenza!... Oye..., oye lo que dice la REVISTA DE SALONES...: “*También se asegura que la joven Duquesa viuda de Almuñécar, cuyo luto está ya en el período de alivio, recibirá este invierno á los amigos que considera como de familia. Sus reuniones, más artísticas*

y literarias que de vano galanteo, acabarán en patriarcales cenas á la antigua española." ¿Sabes tú quién es la Duquesa de Almuñécar? Pues es una niña, hija de los Marqueses de Pinto, que en el espacio de siete meses ha sido: 1.º, virgen ideal, amantísima de la pintura ascética; 2.º, mujer de un viejo septuagenario muy rico; 3.º, dolorida y enlutada viuda; y 4.º, viuda... de alivio, que, por lo que se ve, anda ya buscando novio con quien disfrutar, en unas nuevas nupcias, de los millones que le dieron en dote como precio de su cuerpo y de su alma...

—¡Qué ardor! ¡Qué vehemencia! ¡Con qué indignación hablas de esa joven!...—exclamó sardónicamente la Pródiga.—¡Cualquiera diría que eras despojado sobrino y defraudado eventual heredero del difunto Duque!

—¡Es que si tú hubieras conocido á Pura, esto es, á la poética hija de los Marqueses de Pinto, te causaría horror tanta ferocidad!...—repuso el cándido Guillermo.

—Conocí á esos Marqueses, al Duque de Almuñécar y á otras muchas gentes, que ahora serán tan viejas como yo... Pero á las niñas poéticas de estos tiempos, que son los tuyos, no las conozco, y, por consiguiente, no puedo celebrarlas ni zaherirlas...

El tono acerbo con que Julia pronunció tales palabras, al parecer indiferentes, y la mortal palidez de su semblante, hicieron recapacitar al joven en la crueldad de aquella escena; y, soltando el periódico, dijo:

—En fin..., ¡allá ellos! ¿Qué tenemos que ver ya nosotros con los Ministros ni con los Duques? ¿Sabes jugar al *écarté*? ¿Habrà por ahí una baraja?

La Marquesa no contestó.

—¡Vigésimosquintos monos del día de hoy!—añadió

Guillermo en actitud de mártir.—¡Si lo sé, no leo el periódico!... ¡Pero me habías suplicado tantas veces que lo leyera, que al ver el nombre de Enrique no creí ofenderte repasándolo!... ¡Será el último número á que le quite la faja!

En esto se oyó en el cañón de la chimenea uno de aquellos lúgubres aullidos con que el viento anuncia los largos temporales...

Julia se estremeció, y siguió callando, cada vez más pálida y contraída; hasta que, de pronto, lanzó un grito agudo y desgarrador, cual si hubiera visto delante de sí algún horrible monstruo... ó el espectáculo de su propia muerte.

—¿Qué es eso, Julia mía? ¿Qué tienes? ¿Qué te ocurre?—gritó el joven precipitándose hacia ella con gran terror.

La Pródiga se llevó las manos á la cabeza como si despertase, y dijo, procurando sonreirse:

—Nada... ¡Ya ha pasado!... Una visión..., un repentino ensueño...

—Pero tú estabas despierta...

—Sí, tenía abiertos los ojos... Y ¡ya ves! he delirado repentinamente... Por fortuna, pasó... Conque hablemos de cosas formales... Siéntate cerca de mí y óyeme sin chistar... ¡Más cerca, Guillermo mío, más cerca!... ¡Porque has de saber que tengo miedo..., mucho miedo, por la primera vez de mi vida!

—Miedo... ¿de qué?—interrogó el joven con toda su alma, temiendo que Julia se hubiese vuelto loca.

—Miedo de ese viento que ha comenzado á zumbar en lo alto de la chimenea...—respondió la pobre mujer,

estremeciéndose.—¿Y sabes por qué? ¡Porque he reconocido la voz del invierno!... ¡Del invierno, que para ti será insoportable en esta soledad, con sus ásperos días, con sus eternas noches!... ¡Seis meses, Guillermo de mi alma! ¡Te aguardan seis meses de tristezas como las de hoy! ¡Ah!... ¿Tú no podrás resistirlos!... Llegó, pues, el anunciado instante; llegó el momento de que yo te diga: ¡Vete, Guillermo!... ¡Nuestros amores han terminado!

—¡Julia!..., ¿qué dices?—exclamó el joven con estupor.

—¡Lo que has oído!...—replicó ella, tranquilizándose á medida que hablaba.—Te dije cuando viniste en mi busca, que yo señalaría la hora de tu vuelta á Madrid, y que serían vanos cuantos esfuerzos hicieras por librarte del decreto fatal... ¡Recordarás que hasta juré que *lo cumplirías sin dilación!* Pues bien: ya ha sonado esa triste hora: ya está pronunciado ese decreto... Mañana te irás, amor mío.

—¡Imposible!... ¡Julia!... ¡Imposible!... ¡Tú sigues delirando!—prorrumpió Guillermo, con lágrimas en los ojos y una tempestad de encontrados sentimientos en el alma.—¡Ni tú puedes desear eso, ni yo puedo cumplirlo! ¡Yo te adoro, Julia!...

—Es muy verdad... Y, porque lo es, quiero que te marches antes de que me aborrezcas.

—¡Yo aborrecerte!... ¡Ah! ¡No digas sacrilegios contra nuestro amor!... Yo te idolatraré toda mi vida...

—Como idolatra el indio señalado para víctima á una divinidad cruel y sanguinaria... ¡También él se presta, dócil y hasta contento, á morir al pie del altar!...

¡También se deja sacrificar en honor de su ídolo!... Pero yo no soy esa divinidad feroz é implacable... Yo no quiero víctimas; ó ¡acaso he nacido más bien para serlo!...

—Julia... No te canses... Es inútil cuanto digas en ese punto... ¡Guillermo de Loja no te abandonará jamás!

Así dijo el animoso joven con frialdad y entereza, cual si aquella conversación le pareciese indigna, insultante, absurda...

Y, apartándose de *la Pródiga* sumamente ofendido, fué á sentarse en el otro sillón y se cubrió los ojos con la mano.

—¡Leo en tu noble alma!...—expuso ella al cabo de un momento.—¡La más generosa compasión te mueve á detestar la idea de dejarme! “¿Qué sería de esta pobre mujer si yo me fuera?”, te preguntas lleno de misericordia... Y crees que no podría seguir viviendo aquí, después de todo lo acontecido con esos labriegos... ¡Pues te engañas!... Yo recobraré la estimación que tenía cuando viniste... Yo volveré á aquella vida de paz y quietud...

—¡No mientas!—interrumpió Guillermo con sentida voz.—¡Tú sabes demasiado bien que vivirías desesperada y maldiciéndome, mientras que yo me moriría en Madrid de vergüenza y remordimientos; si ya no es que estaba aquí otra vez de vuelta ocho días después de marcharme!...

—¡Eres el hombre hidalgo y caballeroso que yo me he complacido en amar y que amaré siempre!...—replicó Julia, llevándose una mano al corazón, como para acallar sus latidos de júbilo.—¡Mucho, muchísimo te agradezco lo que acabas de decirme, pues sé que hablas con entera

sinceridad!... ¡Pero mi resolución es irrevocable! ¡También me precio yo de generosa!... ¡Tampoco soy yo egoísta!... La soledad te ahoga; el ocio te consume; la sed de gloria te enloquece; tu inteligencia y tu ambición rugen desesperadas al verse sin empleo, sin público, sin recompensa... ¡Oh! sí: el corazón te pide á voces afectos legítimos y fecundos... La vida que llevas fuera de la sociedad y de la ley te humilla y te abochorna... ¡Quieres tener hogar, esposa, hijos, categoría en la especie humana!... ¡y yo te estorbo!... Además, ya lo has leído... ¡El mundo te reclama! ¡La patria te necesita! Todo esto lo pensabas tú hace algunas semanas, y hoy lo han proclamado á gritos tu desesperación y ese periódico... ¡Ah! ¡Yo no he dejado de observarte ni una sola hora desde que vives conmigo!... ¡Yo te he visto pensar!... Y cuando esta noche oías los remotos cantos de la boda de José, y callabas lúgubrementemente, yo sabía que estabas haciendo el resumen de tus desdichas... “¡No mientas!”, me toca á mí decirte ahora... ¡No me niegues lo que he visto..., lo que yo también he sentido!... Te marcharás, pues, mañana, quieras ó no quieras.

—No me marcharé, Julia...—contestó Guillermo con tranquilidad.—Es todo lo que tengo que responder á tu discurso.

La Pródiga experimentó una especie de terror como el que antes le hizo dar tan agudo y pavoroso grito, y, poniéndose de pie, balbuceó estas palabras con voz siniestra:

—¡Olvidas, sin duda, que el año pasado juré solemnemente que te irías... en cuanto yo creyese que te estorbaba!...

—Te he dicho que no me estorbas... Te he dicho que te amo... Y, por consiguiente, ¡no me iré!—repuso Guillermo, sin mirarla.

—En tal caso... me iré yo...—articuló penosamente la sin ventura.

—¡Y yo me pegaré un tiro!...—contestó el joven, retrepándose en el sillón y clavando los ojos en el techo.

—¿Quién? ¿tú?—gritó desolada la Marquesa, poniéndole las manos sobre la frente.—¿Mi Guillermo? ¡Ah, no!... ¡Yo no quiero que tú te mates!... Mirame... ¡Júramelo!... ¡Dime que no harás eso nunca!... ¿Ves cuánto te amo?... ¡Ya desisto de mi pretensión!... ¡Ni yo me iré, ni tú me abandonarás!... Olvidemos todo lo que hemos hablado... ¿Me perdonas?

Guillermo, cuya noble cabeza, inclinada hacia atrás, estrechaba *la Pródiga* entre sus manos, cubriéndola de maternales besos, acabó también por condolerse, y dos silenciosas lágrimas corrieron por sus mejillas.

—Te perdono, sí...—murmuró al fin el joven, cuando la emoción le dejó hablar.—¡Pero no vuelvas á insultarme diciéndome que te deje!... No vuelvas á ser injusta conmigo... Yo soy incapaz de cometer la infamia de irme...

Julia lo miró atónitamente al oírlo pronunciar esta última frase, y dejó de acariciar su cabeza...

Retiró luego poco á poco las manos, para que aquel repentino apartamiento no revelara cólera ni desdén; y, sonriéndose de un modo indefinible, pálida como la muerte, y con los ojos llenos de reprimidas lágrimas, comenzó á andar hacia atrás, mientras que su voz, rápida y nerviosa, le decía con tanta dulzura como imperio:

—¡Quieto ahí!..., ¡quieto ahí!... ¡Termine con estas paces el 1.º de Octubre! ¡Tú eres incapaz de cometer la infamia de irte!...” ¡Esto me basta!... ¡Ya sé cuanto necesitaba saber!... ¡No hablemos más hoy! Me siento fatigadísima y voy á acostarme. Déjame descansar... ¡No estoy buena! Retírate á tu cuarto, y arregla allí nuestro plan para mañana. ¡Adiós, Guillermo mío!... Adiós... Adiós...

Así dijo *la Pródiga*, y desapareció, cerrando con llave la puerta que daba á sus habitaciones.

Guillermo, desconcertado y confundido por aquellas raras actitudes y afables palabras, había hecho un movimiento como para detenerla, y el caso fué, en resumen, que la dejó marchar sin levantarse del sillón para seguirla, y que luego sintió gran pena al verla desaparecer y oír que se encerraba con llave... También él estaba fatigadísimo de las disputas de aquel día.

Cogió, pues, el malhadado periódico y lo estrujó con furia, haciendo ademán de arrojarlo á las llamas...

Pero arrepintióse en el acto; lo desarrugó cuidadosamente y se puso á leerlo...

Y tanto le interesó su lectura, que, terminado aquel número, buscó en la repisa de la chimenea el del día anterior, y después el del precedente, y en seguida otros muchos, hasta que, cerca ya de las tres de la madrugada, las lámparas comenzaron á apagarse...

Volvió á colocar entonces en su sitio todos los periódicos, no sin poner antes á cada uno su respectiva faja, para que no se conociera que los había leído, y se retiró á su cuarto muy quedamente, á fin de no despertar á Julia.

Veamos nosotros si *la Pródiga* dormía ó velaba á aquellas horas, en que ya habían pasado cuatro ó cinco desde que dejó de sonar la música y el baile en el caserío de la escondida cortijada, albergue, en tal noche, del honradísimo dios Himeneo.

X

CARTAS Y RETRATOS

No bien penetró Julia en sus habitaciones, después de dar á Guillermo aquel adiós tan repentino y amistoso, cuya trágica solemnidad no adivinó el insensato amante, la abandonaron completamente las fuerzas, y dejóse caer en un sofá, lanzando mal comprimidos lamentos de dolor y egoísmo...

Sofocó luego sus sollozos, y permaneció allí algunos segundos más, llorando silenciosamente á la sombra, amiga piadosa de los desgraciados que no aguardan consuelo... ¡Oh, sí! La obscuridad que en aquel aposento reinaba, tenía algo de la mudez y discreción del sepulcro, y Julia no vaciló en confiarle el secreto de sus miserias, su amor á la vida que iba á perder, su miedo á la muerte, su pena de dejar á Guillermo, su despecho al verse desamada...

Pronto, empero, terminó su angustia. Un fuerte suspiro, como de resolución ó descanso, dió á conocer que la conformidad y la entereza habían vuelto á su espíritu; y, después de breves instantes de meditación y sosiego, levantóse enteramente resignada, encendió luz en el aposento que le servía de gabinete, reavivó la lumbre de